



UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA
NACIONAL

Educadora de educadores

Ciberciudadanías, cultura política y creatividad social

Editores:

Rocío Rueda Ortiz
Andrés David Fonseca Díaz
Lina María Ramírez Sierra

Autores:

Vilma Almendra Quiguanás
Andrés David Fonseca Díaz
Diana Giraldo Cadavid
Rocío Gómez Zúñiga
Julián Alberto González Mina
Armando Henao Velarde
Martha Cecilia Herrera Cortés
Vladimir Olaya Gualteros
Lina María Ramírez Sierra
Rocío Rueda Ortiz
Luz Marina Suaza Vargas
Gustavo Ulcué Campo
Viviam Unás Camelo

Doctorado
Interinstitucional
en Educación

DIE

Universidad
del Valle

UNIVERSIDAD DISTRITAL
FRANCISCO JOSÉ DE CALDAS

UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA
NACIONAL



Ciberciudadanías, cultura política y creatividad social



**UNIVERSIDAD PEDAGOGICA
NACIONAL**

Educadora de educadores



Universidad
del Valle

UNIVERSIDAD DISTRITAL
FRANCISCO JOSÉ DE CALDAS

UNIVERSIDAD PEDAGOGICA
NACIONAL

Ciberciudadanías, cultura política y creatividad social

©Universidad Pedagógica Nacional

ISBN: 978-958-8650-41-8

Primera edición, 2013

Editores:

Rocío Rueda Ortiz

Andrés David Fonseca Díaz

Lina María Ramírez Sierra

Autores:

Vilma Almendra Quiguanás

Andrés David Fonseca Díaz

Diana Giraldo Cadavid

Rocío Gómez Zúñiga

Julián Alberto González Mina

Armando Henao Velarde

Martha Cecilia Herrera Cortés

Vladimir Olaya Gualteros

Lina María Ramírez Sierra

Rocío Rueda Ortiz

Luz Marina Suaza Vargas

Gustavo Ulcué Campo

Viviam Unás Camelo

Este libro recoge la investigación *Cultura Política, ciudad y ciberciudadanías* realizada entre la Universidad Pedagógica Nacional y la Universidad del Valle con el apoyo de Colciencias. Número de Contrato: COLC-UPN-213-06 Investigadora Principal: Rocío Rueda Ortiz.



Esta publicación puede ser distribuida, copiada y exhibida por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial. No se pueden realizar obras derivadas.

Universidad Pedagógica Nacional

Juan Carlos Orozco Cruz

Rector

Edgar Alberto Mendoza Parada

Vicerrector Académico

Víctor Manuel Rodríguez Sarmiento

Vicerrector de Gestión Universitaria

Germán Vargas Guillén

**Coordinador Doctorado Interinstitucional
en Educación**

Preparación Editorial

Universidad Pedagógica Nacional

Fondo Editorial

Víctor Eligio Espinosa Galán

Coordinador Fondo Editorial

Maritza Ramírez Ramos

Editora

Iván Camilo Andrade Becerra

Corrección de estilo

Andrés David Fonseca Díaz

Imagen de portada “Equilibrio Inestable”

Mauricio Esteban Suárez Barrera

Diseño de carátula y diagramación

Impresión Javegraf

Bogotá, Colombia, 2013

Ciberciudadanías, cultura política y creatividad social

Editores:

Rocío Rueda Ortiz, Andrés David Fonseca Díaz,
Lina María Ramírez Sierra

Autores:

Vilma Almendra Quiguanás, Andrés David Fonseca Díaz,
Diana Giraldo Cadavid, Rocío Gómez Zúñiga,
Julián Alberto González Mina, Armando Henao Velarde,
Martha Cecilia Herrera Cortés, Vladimir Olaya Gualteros,
Lina María Ramírez Sierra, Rocío Rueda Ortiz,
Luz Marina Suaza Vargas, Gustavo Ulcué Campo,
Viviam Unás Camelo



**UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA
NACIONAL**

Educadora de educadores



Universidad
del Valle

UNIVERSIDAD DISTRICTAL
FRANCISCO JOSÉ DE CALDAS

UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA
NACIONAL

Catalogación en la fuente
Biblioteca Central de la Universidad Pedagógica Nacional

Ciberciudadanía, cultura política y creatividad social / Vilma Almendra Quiguanás...
[et.al.]. -- editores Rocío Rueda Ortiz, Andrés David Fonseca Díaz, Lina María
Ramírez Sierra. -- 1ª. ed. -- Bogotá : Universidad Pedagógica Nacional, Doctorado
Interinstitucional en Educación, 2013
279 p.: fotografías.

Referencias bibliográficas: p. 259 – 267

Referencias Web: p. 267 – 273

ISBN : 978-958-8650-41-8

1. Tecnologías de la Información. 2. Cultura Política. 3. Sociedad y Educación.
I. Almendra Quiguanás, Vilma II. Fonseca Díaz, Andrés David. III. Giraldo Cadavid, Diana
IV. Gómez Zúñiga, Rocío. V. González Mina, Julián Alberto. VI. Henao Velarde, Armando
VII. Herrera Cortés, Martha Cecilia. VIII. Olaya Gualteros, Vladimir. IX. Ramírez Sierra,
Lina María. X. Rueda Ortiz, Rocío. XI. Ramírez S., Luz Marina. XII. Rueda Ortíz, Rocío
XIII. Suaza Vargas, Luz Marina. XIV. Ulcué Campo, Gustavo. XV. Unás Camelo, Viviana.
XVI. Tít.

306.432 cd. 21 ed.



Prólogo

Educación, nuevas formas de subjetividad social y tecnologías digitales	9
---	---

Presentación

Ciberciudadanías, cultura política y creatividad social	25
---	----

I. De los debates conceptuales

Activismos tecnosociales en Latinoamérica	35
---	----

Tecnología y malestar urbano entre jóvenes: la celebración de lo inútil y la emergencia del trabajo liberado	67
--	----

Ciberciudadanías y culturas políticas: prácticas sociales y teorías en tensión	87
--	----

II. Colectivos, movimientos y creatividad social

Hackeando-ando	111
----------------	-----

Resistir para salvar la vida: creatividad política y educación. El caso de la asociación de cabildos indígenas del Norte del Cauca	115
--	-----

Hackeando el patriarcado: metáforas y prácticas sociales de mujeres con tecnologías	139
Intervenciones urbanas y expresiones juveniles. Mefistófeles: entre la colectividad y la individualidad	187
La Cápsula y El Niuton: de los paisajes tecnológicos a las experimentaciones tecnosociales	219
Conclusiones Generales	245
Bibliografía General	259
Autores	277

Prólogo

Educación, nuevas formas de subjetividad social y tecnologías digitales

Rocío Rueda Ortiz

¿Será posible que la educación habilite a todos(as) y cada uno(a) a devenir sujetos de deseo, de palabra, de ciudadanía, en un momento donde lo que parece predominar es el deseo de aniquilación del Otro?

Gloria Bonder

El campo de la educación y tecnologías de la información y comunicación mirado desde los estudios ciberculturales, es cada vez más heterogéneo y transdisciplinar. En este se mezclan los estudios de comunicación-educación, sociología de la cultura, antropología cultural, filosofía política contemporánea, pedagogía social, pedagogía crítica, estudios sociales de la ciencia y la tecnología, estudios culturales, entre otros. Ámbitos de los cuales ha bebido la investigación que aquí se presenta. La tesis que sustenta este trabajo es que los nuevos repertorios tecnológicos, si bien son una de las formas predominantes de producción y control actual, al mismo tiempo son dispositivos con potencialidad para la expansión de la subjetividad y del deseo, la toma de la palabra y del ejercicio ciudadano (ciudadanías alternativas, ciberciudadanas) y, por lo tanto, su incorporación en las prácticas sociales configura nuevas formas de vida y transforma la cultura. Se trata de un “otro” con el que hoy nos relacionamos de manera compleja y cada vez más inextricable, especialmente las generaciones jóvenes, donde están emergiendo escenarios posibles de y para la acción común, la producción y diseminación de saberes y afectos. De ahí que veamos que las tecnologías tienen un carácter político.

Pues bien, en este estudio se abordó la relación entre cultura política, educación y ciudadanías a través de un trabajo cualitativo con colectivos de jóvenes urbanos, contraculturales, que hacen resistencia a la política y la cultura provenientes del Estado y de sus instituciones y que utilizan intensivamente repertorios tecnológicos como parte de sus prácticas sociales, en las ciudades de Bogotá, Medellín y el municipio de Santander de Quilichao en Cauca. Como parte sustancial de las prácticas de dichos colectivos, aparece una forma novedosa de educación expandida que también tensiona y atraviesa los modelos escolares tradicionales. Sin embargo, no se trata de una novedad idílica, es ambigua y está siempre amenazada por la fragilidad de los lazos sociales y la mercantilización de los saberes que jalona el actual capitalismo, donde la diferencia tiende o a capturarse y moldearse en modelos homogenizantes de la cultura, o a eliminarse.

Dos investigaciones realizadas en Colombia dialogan, ahora *a posteriori*, con este trabajo. Una de ellas, la del equipo de Humberto Cubides en el Instituto de Estudios Contemporáneos –Iesco– de la Universidad Central (Cubides, 2010), y la del grupo de Ricardo Delgado desde la Universidad Javeriana y el Cinde de Manizales (Delgado y Arias, 2008). Si bien en estos estudios no se observó en particular la interacción con tecnologías de la información y la comunicación, el tema (jóvenes, ciudadanías, política), su abordaje conceptual y metodológico y resultados tienen muchas resonancias con esta investigación. Es por ello que me interesa resaltar ciertos elementos comunes, pero también algunas diferencias, para agregar aún más matices a este campo de estudio que nos convocó, casi en los mismos años, a los diferentes grupos de investigadores. De alguna manera parece ser que nos unió una cierta urgencia de pensar el mundo presente y por-venir desde la potencia, desde la agencia y la capacidad de creación de mundos posibles que las y los jóvenes nos ofrecen, en medio de su lucha por no dejarse atrapar por las actuales formas de captura del deseo y de aplanamiento de la cultura. En consecuencia, se desarrollan tres apartados donde se observan puntos centrales de esta investigación y donde se ponen en diálogo elementos comunes con los otros estudios mencionados: ciudadanías otras, jóvenes y cultura política; la novedad de las formas de creatividad social y política; y educación y subjetividad. A modo de cierre se plantean algunos cuestionamientos para continuar el diálogo.

Diálogos a *posteriori*: ciudadanías otras, jóvenes y cultura política

El estudio de las formas de agrupación social, de colectivos y movimientos sociales, es algo que ya se viene haciendo en las ciencias sociales, en particular en la educación, desde el campo de la educación popular. Se trata de pesquisas que han observado dichos procesos de asociacionismo en las capas poblacionales más desfavorecidas, con mayores problemas de exclusión e injusticia social y cuya práctica está por fuera de las instituciones formales del Estado –aunque a veces en negociación con ellas, sobre todo en la lucha por derechos ciudadanos–. Estos estudios han permitido ver, por ejemplo, las formas en que estos sujetos sociales logran el fortalecimiento de su tejido social y asociativo local, la formación de identidades culturales y la generación de nuevas prácticas políticas democráticas, que para algunos se configuran en ciudadanías alternativas o críticas (Torres, 2006).

Sin embargo, cada vez más vemos un movimiento de lo social, fuertemente urbano y que ya no solo se produce en y para los sectores con mayor exclusión social. Para el caso de estos estudios, si bien estas formas de organización se observaron fundamentalmente en el entorno urbano, no se trata de una acción colectiva exclusivamente “popular”. Esto se puede deber a que hay una cierta expansión de esa “capa popular” en nuestras ciudades, debido al deterioro de la calidad de vida y de los ingresos, pero también, creemos, se trata del surgimiento de unas subjetividades que no se dejan atrapar fácilmente por los modelos conceptuales que teníamos para verlas. De ahí que el desafío de estas investigaciones es enfrentarse siempre a realidades mixtas, compuestas, de tiempos viejos y nuevos, donde por ejemplo tenemos el reto de dar cuenta de la pervivencia tanto de sujetos sociales que siguen el camino de las luchas populares y de los movimientos sociales, que crean espacios más o menos institucionalizados con ciertos ritos y prácticas, en formatos también más o menos estandarizados, con identidades más o menos fijas y, por otro lado, sujetos sociales que no se organizan para promover procesos de transformación en sus localidades; de hecho, muchos de ellos no se interesan por hacer resistencia directa al Estado y a sus instituciones, pero sí hacen resistencia a los modelos culturales y políticos institucionalizados; no los une tampoco la lucha por un territorio, pero participan activamente en diferentes movimientos de resistencia locales y globales, y sus formas de asociación a veces son ambiguas y eclécticas. Unos y otros hacen parte del nuevo paisaje social, donde los une un descontento y desagrado con el actual estado de cosas y su deseo de actuar para transformarlas.

Un hecho parece evidente: no podemos seguir pensando en la política y la cultura integradoras, en una visión de lo social en tanto unidad y orden, cuando nuestras sociedades cada vez son más fragmentadas y complejas. De hecho, para las filosofías del sujeto (o del trabajo) no hay más que un mundo, el que construye el sujeto; son en última instancia teorías de la identidad, ya que implican que solo un mundo es posible. Las ciencias sociales construidas sobre este modelo son teorías del equilibrio, del orden o de la contradicción que, de manera diferente pero complementaria, remiten a la identidad. Pero nuestras sociedades tienen identidades en plural, y cada vez más entretejidas por interacciones de diverso orden (una de ellas con los repertorios tecnológicos). En este contexto, si bien reconocemos que las teorías de la acción colectiva y de los movimientos sociales abren la posibilidad de comprender otras formas de la política, al introducir otros protagonistas y prácticas democráticas alternativas a las convencionales, así como una crítica al modelo específico de racionalidad desarrollado por la modernidad, a nuestro modo de ver estas han observado los actores colectivos organizados alrededor de una identidad (en cierta forma homogénea, lo cual permite organizar sus luchas políticas y culturales). Pero en nuestro trabajo de campo con diferentes colectivos, a pesar de poder integrarse en una categoría identitaria como “contraculturales”, y aún en lo que se conoce como “movimiento social (indígena o de mujeres)”, en algunos casos sus prácticas sociales no “encajan” en dichas categorías o lo hacen de manera parcial, casi forzada. En otros casos, estas parecen ser más ambiguas y resbaladizas. De ahí que preferimos acudir a una conceptualización desde la subjetividad y el poder, tal y como lo han señalado posestructuralistas como Foucault y feministas de la ciencia y la tecnología, así como la filosofía política expresionista o del acontecimiento. Esta idea de subjetividad descansa en el intento de superar la visión “arrogante” unitaria del sujeto, para comprender la diferencia y con ella las diversas posiciones de sujeto. Esto es, “la redefinición no esencialista de los procesos identitarios y el reconocimiento de que están atravesados por relaciones de poder/resistencia, resalta el carácter no homogéneo ni transparente de la identidad” (Flórez, 2004, p. 27) y, por lo tanto, también la heterogeneidad de los sujetos sociales.

De ahí que nuestro trabajo haya sido un permanente confrontar nuestros marcos conceptuales –y respectivas seguridades– para comprender esta bullente actividad de lo social, y la emergencia de “ciudadanías *otras*, alternativas, expresivas, ciberciudadanas”. Se requieren, por el contrario, marcos conceptuales que nos permitan pensar un mundo extraño, poblado de una multiplicidad de singularidades y, por tanto, de una multiplicidad de mundos posibles que quieren actualizarse al mismo tiempo. De

esta manera, los debates en este campo se han enriquecido desde diferentes entradas y trayectorias, que intentaremos ir tejiendo a continuación.

Colectivos, agrupaciones, movimientos: ¿nuevas formas de creatividad social y política?

Nuestro punto de partida es que no es posible encuadrar a las y los jóvenes pertenecientes a los diferentes colectivos o agrupaciones en un solo tipo de ciudadanía (por más alternativa que sea). Por el contrario, hay mezclas entre unas y otras formas ciudadanas. Podemos comprenderlas como Castells (1999) propone, esto es, unas ciudadanías que transitan por *identidades de resistencia y de proyecto*, es decir, que luchan contra la lógica de dominación, en el primer caso, y en el segundo, basándose en dimensiones culturales, construyen una nueva identidad que redefine su posición en la sociedad y, al hacerlo, buscan la transformación de toda la estructura social. Para estos sujetos sociales hay un cuestionamiento de las tradicionales identidades cerradas y opuestas y una apertura al reconocimiento de las diferencias. Una identidad que se construye en relación a los sentidos y valores que convocan pertenecer a uno u otro colectivo. De esta manera, por ejemplo, en el caso del uso de las tecnologías, estas no valen por sí mismas, sino en cuanto agenciamiento cultural, al vehicular lenguajes, actualizar nuevos soportes, movilizar a los ciudadanos, articular expresiones creativas, generar nichos a las obras, ensamblar realidades que desbordan los medios tradicionales de comunicación (más bien los actualizan y los remezclan como son las radios alternativas *on-line*).

Pero en esta investigación también encontramos lo que denominamos *sujetos sociales de proyecto-trayectos*: se trata de sujetos que no tienen solo un proyecto que pretende reformar la estructura social; estos recorren diferentes tramos, trazas de diversos proyectos culturales, políticos, en lo que en otros lados hemos denominado, siguiendo a Lazzarato (2006), como formas de política menor. Son sujetos sociales que construyen vínculos en la cercanía de la significación, en redes de amistad donde cada sujeto participa desde su individualidad. Sus formas de articulación social, de agrupación, parecen ocurrir gracias a prácticas de autoorganización y autodeterminación que beben a veces de modelos jerárquicos y, otras, arriesgan formas inesperadas de articulación de acciones, no previstas y horizontales. Adicionalmente, es importante señalar que en la mayoría de estos colectivos, el entorno cibercultural y por lo tanto el ejercicio ciberciudadano está ligado a la producción cultural independiente, alter-

nativa, a derechos de autor del tipo *Creative Commons* y *Copyleft*, que hacen resistencia a los modos de legitimación, autoría y producción de conocimiento en la sociedad de la información contemporánea. Aquí logramos ver además formas de trabajo liberado y flexibilidad laboral muy diferentes a las de la sociedad fordista, aunque no sin las tensiones y contradicciones que el mismo modelo provee. Estas tres formas de ciudadanía (de resistencia, proyecto y trayecto), en todo caso, enfrentan la crítica antes mencionada sobre el riesgo de encuadrarlas como identidades fijas y homogéneas y desconocer las relaciones de poder/resistencia que les habitan. Este es, sin duda, un reto que se tuvo en este estudio, pero que requiere aún de mayor depuración conceptual y metodológica.

En este sentido, estas formas de acción social colectiva se producen en medio de unas historias, sus lugares y las diferentes maneras y fuerzas de poder con las que estos sujetos sociales deben lidiar, es decir, con las diferentes opresiones que como sujetos individuales y colectivos, a diario sostienen. Así, por ejemplo, encontramos jóvenes artistas que producen obras de *netart* o de música electrónica en redes globales de cooperación y del software libre, que paralelamente se contratan en una empresa como desarrolladores de software en el modelo más competitivo del mercado. Esto para sobrevivir y subvencionar sus “obras libres”, que luego “donarán” a su comunidad o red de artistas contraculturales. En algunos casos estos colectivos apoyan acciones ciudadanas organizadas por movimientos sociales, pero son articulaciones parciales que pueden repetirse en el tiempo, sin tener una identificación total con sus luchas reivindicatorias; es decir, son más “activistas sociales” que integrantes de un movimiento social como tal.

De esta manera, los marcos marxistas que en el pasado fueron fundamentales para describir el movimiento social (p.e. obrero), hoy parecen insuficientes. Sin embargo, una relectura de dichos marcos en el contexto del capitalismo actual, con su cara “inmaterial” sobre bases materiales, el ensamblaje entre cultura y economía y las formas de subjetivación individual y colectiva, parece fundamental. De ahí que, como muestran estos estudios, estos sujetos sociales no corresponden a la misma noción de pueblo o masa (y de productores) como en el pasado. Aquí nos enfrentamos a otras maneras de vínculo social diferentes a las de un pueblo que converge en una unidad estatal; de ahí que algunos investigadores nos veamos muy atraídos por la noción de multitud y su relación con un “intelecto general”, más que con una “voluntad general”. Como señala Virno (2003), es una herramienta decisiva para toda reflexión

sobre la esfera pública contemporánea, pues la *multitud* hoy no está compuesta ni de “ciudadanos” ni de “productores”; ocupa una región intermedia entre “individual” y “colectivo”, entre “público” y “privado” (esto lo observamos adicionalmente por el aporte feminista). En suma, la multitud es una categoría anfibia: por un lado hablamos de la producción social basada en el saber y el lenguaje; por otro, de la crisis de la forma Estado.

Para Cubides (2010), la acción colectiva juvenil también “conjuga rasgos de formas molares, sobrecodificadas, propias de las organizaciones convencionales, con otros surgidos de un actuar propio creativo, que se abre al campo social, poniéndolo en tensión y modificándolo parcialmente como consecuencia de agenciar otros modos de relación, de expresión y de educación” (p. 60). De ahí que en su estudio se haya prestado especial atención a las formas de vinculación relacionadas con las formas de expresión que hacen emerger la potencia de estas subjetividades jóvenes, y que diremos son una característica fundamental de las formas de producción actual o del posfordismo. Así, es el decir y el compartir un elemento que parece generalizado en las diferentes agrupaciones de jóvenes abarcadas en las tres investigaciones. La comunicación aquí es mucho más que la transmisión de información: se trata de invención y juegos de lenguaje, de ironías y metáforas, de la creación de otras formas del decir que luchan por no dejarse atrapar por la unificación del significado, a través de consignas, grafitis, obras de teatro, performances, festivales, conversatorios, blogs, revistas, plataformas virtuales, etc. Asimismo, como señala Cubides (2010), se trata de un esfuerzo por dar sentido a las palabras, la importancia de la fuerza de la voz y la capacidad de escuchar a otros.

Por su parte, Delgado y Arias (2008) se propusieron comprender las prácticas juveniles como expresiones ciudadanas, en particular desde el enfoque de los procesos de *enmarcamiento* y, de manera más específica, en los planteamientos sobre los marcos de acción colectiva. De esta manera la motivación y participación de los jóvenes se ven directamente vinculadas con la construcción de marcos de interpretación, que a su vez hacen parte de unos “repertorios”, a través de los cuales los integrantes de un colectivo social atribuyen significado a ciertas problemáticas sociales (las apropian, resignifican) y sustentan tanto sus justificaciones ético-políticas como sus acciones. Asimismo, establecen los marcos estratégicos de agenciamiento encaminados a construir ciudadanía desde la acción colectiva, la celebración de alianzas y acuerdos con otros actores sociales con quienes establecen propósitos comunes. Delgado y Arias

resaltan en su estudio tres grandes referentes de fundamentación existentes en sus justificaciones: los sentimientos morales, los derechos humanos y el reconocimiento recíproco. De esta manera, la juventud se percibe como posibilidad y potencia de transformación, opuesta a la adultez como etapa de estabilidad, certezas y seguridades. Este estudio, más que observar las formas de expresión y del decir de los jóvenes, observó los marcos de interpretación, sus justificaciones ético-políticas y los sentimientos morales que le acompañan. Entrada muy interesante para comprender, desde los marcos de la filosofía política y moral, la emergencia de ciudadanías “otras” y que, podemos ver, se complementa con las perspectivas abordadas tanto por Cubides como por nuestra investigación.

Así pues, nos atrevemos a decir que el conjunto de estos estudios nos enfrenta al surgimiento de unas formas de creatividad política como una de las características de estas formas de agrupamiento y acción colectiva, y se expresa de diversas maneras. Una, en la articulación entre formas heredadas de la política y formas emergentes, como se desarrolla de manera especial en este estudio en los trabajos del grupo de investigación de la Universidad del Valle con el colectivo NASA-ACIN, el de Luz Marina Suaza con el colectivo Vamos Mujer y también como lo observa el trabajo de Delgado y Arias. En dicha articulación se dan cita diversas formas de acción y gestión donde se reproducen formas clásicas de la política formal, se recrean prácticas heredadas de trabajo asociado y emergen también novedosas formas de despliegue político, como las que se advierten en el trabajo intensivo de formas expresivas y en relación con los repertorios tecnológicos para producir obras y para extender, vivificar y favorecer vínculos con individuos y con agentes sociales, organizaciones, gobiernos y movimientos, que unos años atrás apenas eran impensables.

Otra manera, como lo muestran en sus capítulos Andrés Fonseca con los grupos La Cápsula y El Niuton, el de Vladimir Olaya y Martha Herrera con Mefisto, y Luz Marina Suaza con las Chicas Linux, es su apuesta política de carácter más cultural y tecnológico que configura espacios híbridos *-on y offline-* de encuentro, del decir y del hacer individual y colectivo, del derroche de las formas, de la “descentralización de jerarquías”, de la resistencia creando, que funciona de manera instituyente. La construcción política de estos colectivos se sostiene en la edificación de lazos colaborativos, en comunidades de significados (o marcos de interpretación) y de proyectos-trayectos como posibilidad de entrar en diálogos con otros y construir horizontes de sentido comunes, modificando el mundo en sus formas de convivencia, en las maneras

de estar juntos, en la pluralidad y en la mixtura de viejas y nuevas tecnologías y la afectación de los espacios *off* y *online*, como una manera de participar en la esfera pública contemporánea.

Así, en algunos casos el peso y eje de acción lo tiene una política mayor o de proyecto en la que ubicamos a las agrupaciones que hacen parte de movimientos sociales y populares, cuya resistencia tiene que ver con una fuerte reivindicación de los derechos ciudadanos y una lucha contra las diversas formas de injusticia. Los sentimientos morales sustentan la celebración de vínculos de solidaridad y construyen un sentido del *nosotros*, una comunidad ética y política a la cual las y los jóvenes se vinculan para su construcción a partir de iniciativas que demandan inclusión, igualdad jurídica y reconocimiento recíproco, entre otros aspectos, como lo muestra especialmente el trabajo de Delgado y Arias (2008) y parcialmente el trabajo nuestro y el de Cubides (2010). Ciudadanías *otras*, que como hemos señalado antes, emergen principalmente de una búsqueda por compartir las experiencias de marginalidad sufridas “en carne propia”. Diremos que son un rostro de las exclusiones y las injusticias del país, que no podemos negar, como también son las luchas del movimiento indígena y de mujeres en este estudio. De hecho, estas ciudadanías nos confrontan conceptualmente. Así, por ejemplo, desde el *feminismo nómade* de Rosi Braidotti, que retoma aquí Luz Marina Suaza, se señala la contradicción que puede contener la noción de capitalismo inmaterial y el énfasis excesivo en la “expresión y el lenguaje” como cualidades de la actual forma de producción social, pues el actual capitalismo también está sustentado en el cuerpo: grandes proporciones de la población del mundo están dedicadas al trabajo material, en condiciones casi inhumanas, generalmente realizado por mujeres y niños en los países más pobres. De ahí que las ciudadanías que reclaman derechos y luchan contra la injusticia social, sigan siendo necesarias, pues si bien el Estado como figura de gobierno está en crisis, sigue existiendo y ejerciendo poder. De la misma manera que las desigualdades estructurales de nuestros países no han desaparecido, de ahí que requerimos comprensiones que incluyan, por ejemplo, las categorías de género, raza, sexo, región, como materialidades que constituyen también el capitalismo inmaterial.

Ahora bien, aunque en esta investigación algunos colectivos tienen esa necesidad de “compartir” dicha marginalidad, en términos socioeconómicos, también es cierto que, en otros casos, no existe propiamente este “sentimiento de vivir en la marginalidad o la exclusión”. Se trata de colectivos que, diremos, están “incluidos”,

de capas medias, con estudios universitarios, trayectorias profesionales en sus campos de formación, y que siguiendo a Lazzarato (2006) y a Bifo (2007), podemos decir responden a esa capa social de los nuevos trabajadores inmateriales (y que se conecta con el intelecto general del que hablamos antes). Pero ellos y ellas no están satisfechos con el estado de cosas, son sensibles a la injusticia y desigualdad de la sociedad contemporánea y participan esporádicamente en marchas o movilizaciones contra estas; se perciben siempre en relación con otros local y globalmente y sueñan con un mundo mejor. Sin embargo, sus temas hoy tienen que ver con el medio ambiente, los derechos a la información y el conocimiento, la crítica al consumismo, las tecnologías de punta, pero también las locales, el rediseño, etc.

Esto no quiere decir que unas y otras formas de ciudadanías, de formas de vida, no se entremezclen o se confundan en algunos casos. A veces aparecen difusas, a veces de manera contundente, las ofertas de sentido que cada política ofrece junto con sus prácticas sociales, valores y acciones en las historias de los sujetos sociales. Se trata de una política relacional, no del consenso, de redes de posicionamientos diferenciados, donde se instalan nuevas legitimidades de vida y acción conjunta, un “entre”, un “nosotros” y para muchas de estas agrupaciones unas utopías como espacio de acciones posibles. Esa es su potencia de transformación. A diferencia de otras luchas ciudadanas no se trata de la generación de un cambio de la sociedad en general (por ejemplo, por medio de la modificación de la ley), sino de la configuración de nuevas dinámicas de convivencia y relación en el ámbito de lo micro y cotidiano y, al mismo tiempo, en relación con una sensibilidad global de los problemas sociales contemporáneos.

Educación expandida y subjetividades

Los procesos de educación como formación de subjetividades, contienen diversos matices cuando los observamos en relación a estas formas de agrupación y acción social colectiva. Por una parte, en la conformación de posturas críticas -marcos de interpretación, de enjuiciamiento, dirían Delgado y Arias (2008), donde se rechazan visiones estáticas del mundo, formas tradicionales de cultura y política, de educación, frente a las cuales se hace resistencia o se inventan nuevas prácticas. Por otra parte, se refieren a procesos de identificación, que no operan como totalidad sino que están compuestos por múltiples referentes en el contacto con diversos actores. Cualidad propia de estas subjetividades contemporáneas cuyo espacio es relacional, aún para

aquellos que tienen como su centro las luchas territoriales. Adicionalmente, lo educativo se entiende referido a la construcción de un horizonte de sentido compartido, de heterotopías y formas de vida, que hace que las prácticas educativas de estos sujetos sociales tengan un carácter político emancipador.

Para Cubides (2010) en estos colectivos no se establece una clara diferenciación entre la transformación propia y la de los demás. En algunos casos, llevar a cabo ciertas acciones supone habilitar una serie de destrezas, informarse y comprender los problemas alrededor de los cuales operan; en otros, la acción formativa es el núcleo de las prácticas. Para nosotros, todos los colectivos realizan de alguna forma actividades educativas, algunas semiformales, como las que realiza Vamos Mujer y la ACIN, y otras informales, con otros jóvenes, con otros colectivos o redes, pero siempre se busca “compartir la experiencia” y de allí ver qué se transforma o qué se crea. Asimismo, aún cuando hay prácticas “escolarizadas”, se introducen cambios al modelo institucional. Los roles de enseñar y aprender se comparten e intercambian, todos tienen algo que aportar, todos tienen un saber y una experiencia que se pone en juego en los procesos formativos, y el gozo, el gusto por aprender o compartir algo nuevo, es fundamental. Solo en los casos más formalizados hay algunos contenidos definidos con anticipación. En los demás los contenidos varían, las metodologías también y las temporalidades son flexibles. En nuestro estudio, a pesar de tener colectivos que interactúan de manera intensiva con tecnologías de la información, sus prácticas formativas no se restringen al ámbito *online* sino que se producen en el espacio *offline* (aquel es un espacio expandido de conversación y su complemento). Pero en todo caso, las tecnologías son ambientes para producir, para tener voz, para el “desilenciamiento” y para “habitar la palabra”, o como señala Andrés Fonseca en este libro, para hacerse escuchar en el preciso instante cuando se percibe la potencia de los procomunes. Si bien cada vez más hay una tendencia a la convergencia digital, también es cierto que se siguen utilizando viejas tecnologías (impresos, la radio comunitaria, boletines), de acuerdo a las posibilidades y necesidades políticas y culturales de cada colectivo. Esto reafirma lo que hemos señalado en otros lados, es decir, que la creatividad política no depende tanto del tipo de tecnologías o de medios utilizados como del movimiento y los dispositivos creativos que los sujetos sociales ponen en marcha.

Adicionalmente, para muchas de estas agrupaciones, incluidas las que acuden a prácticas semiescolares institucionalizadas, hay un lenguaje de la expresión, de la ironía, de las metáforas, de la sensibilización moral, que parece ser la manera de

resistir al lenguaje de la racionalidad logocéntrica de los modelos educativos y ciudadanos instituidos. Es decir, sus talleres, performances, trabajos barriales, charlas, talleres abiertos, laboratorios sociales, acuden a modalidades del decir que bordean y atraviesan formas acartonadas, por ejemplo del lenguaje político institucional, y por el contrario buscan “tocar” a los otros, despertar sentimientos de solidaridad y “conectarse” alrededor de las temáticas/problemáticas comunes.

En suma, el gusto por compartir, por la libertad, el donar a otros, de comenzar proyectos, de imaginar nuevas mezclas, inventar formas de vida, hace que estos colectivos se vuelquen a diferentes espacios y medios a compartir sus “pensamientos y sentimientos” del mundo que los afecta y que reinventan. Esto se produce a través de alianzas locales y globales con otros actores y redes donde se ofrece siempre apoyo mutuo. De esta manera, se trata de unas subjetividades siempre expuestas y dispuestas a los otros, a lo inesperado, que se transforman en la acción y a través de la experiencia. De ahí que veamos en sus prácticas educativas, expandidas, una posibilidad emancipatoria.

Un cierre para seguir dialogando

En conclusión, pareciera que estamos pasando de sujetos sociales que correspondían antes a categorías más abstractas como el pueblo, las clases trabajadoras y populares, pasando por las de comunidad, colectivos y movimientos sociales, a otras que a veces tienen “rostro propio”, como señala Torres (2006), como los jóvenes, las mujeres, hasta otras que diremos son rostros del *collage*, nómadas y *cyborgs*. No hay una identidad que les caracterice de manera definitiva. Se trata, por el contrario, de identidades flexibles, frágiles, nómades.

¿Cómo comprenderlas en su carácter procesual y en movimiento? ¿Cómo entender estas formas de organización y de acción parciales como acciones políticas? ¿Cómo ver en esas formas de agrupación procesos de formación? ¿Qué hay en ellas de creatividad cultural y política? Y ¿cómo entenderlas en relación con otras formas de lo social, que aún luchan por derechos, por condiciones materiales y justicia social?

Los colectivos o agrupaciones de jóvenes no son homogéneos en sus formas de actuar y en las maneras en que se constituyen, ni tampoco en lo que los afecta. Estas emergencias ya son un acontecimiento político, como diría Lazzarato (2006), en tanto

se suspende el sinsentido, el miedo al otro extraño, la precariedad de las relaciones y la sensación de no pertenencia, los despojos y las restricciones de las sociedades contemporáneas. Se trata de un “trabajo liberado”, tal y como lo desarrollan aquí Rocío Gómez y Julián González, como forma de trabajo por fuera de las propósitos del capital y del valor de lo útil. Ese tipo de trabajo liberado es posible en condiciones en que el trabajo socialmente necesario para la supervivencia de la especie humana se ha ido reduciendo gracias al dinamismo tecnoindustrial. Este trabajo, proceso y producto, es un “don”, inaugura un nuevo tiempo y espacio de lo común, otra forma de vida.

Esta novedad o creatividad política está, para nuestros estudios, vinculada con una intensificación de la amistad y los afectos. Más que una política de la amistad como plantea Derrida, vemos la amistad como política. Los lazos de amistad, solidaridad, cooperación que se producen entre los diferentes colectivos alrededor de una problemática o proyecto común, son el corazón de las formas de acción colectiva. La emulación, el compartir, el *remix* de experiencias y saberes, es un proceso de formación de dimensiones educativas insospechadas. En últimas, vemos desde los diferentes estudios sobre estos sujetos sociales que “agruparse”, conformar un “nosotros”, un “común”, intensifica su potencia de acción en el mundo. Se trata de una forma de encantamiento y de esperanza, singular y colectiva, que se opone a las formas individualistas, utilitarias y competitivas del mercado y el capital. Esto se produce, además, haciendo uso de las formas de subjetivación contemporánea que las actuales formas de producción ofrecen a las generaciones jóvenes, son capaces de transgredirlas y ponerlas al servicio de la construcción “de un común”, de un “nosotros”, como por ejemplo son los usos alternativos (sociales, de resistencia) de repertorios tecnológicos.

No obstante, mantener la novedad y el impulso de resistencia y creatividad social no es fácil. Por una parte, la actual forma de vida tiende a restringir y constreñir de manera regular tales posibilidades. Como lo plantea el equipo de investigadores de la Universidad del Valle en este libro, el impulso poético, creativo, tiende a ser aplazado o administrado por formas de “burocratización” e institucionalización de prácticas, donde las relaciones con organizaciones políticas o empresas del mercado que restan fuerza al “movimiento actualizador de mundo”, llevan a que la acción se vuelva rutinaria, a que el grupo se fragmente y pierda en muchos casos su impulso y se disperse. De igual forma, un problema que enfrentan estas formas de acción colectiva es el “individualismo”, práctica que es propia de las formas del capitalismo contemporáneo y que captura la fuerza y el deseo de los sujetos en aras de la produc-

tividad y la competitividad. Y estas y estos jóvenes no son ajenos a dicho contexto, justamente es uno de los múltiples referentes de identidad en los que han crecido, por socialización familiar, escolar, mediática, entre otros. Así mismo, enfrentan, aún dentro de sus apuestas más democratizantes y emancipadoras, la presencia, por una parte, de inequidades y desigualdades al interior de sus grupos (p.e., las mujeres en los grupos de software libre, o en comunidades indígenas) y de otra, de prácticas que tienden a la jerarquización, la uniformización y la totalización de sus proyectos y acciones sociales. Estos hallazgos tensionan la noción de “multitud” y nos plantean la necesidad de aguzar el concepto de diferencia, que está a la base de esta filosofía política, para ver, por ejemplo, de la mano de los feminismos negros o chicanos, los matices y diversas formas de poder y resistencia que se producen incluso en sujetos sociales con carácter alternativo, contracultural y emancipador.

De otro lado, tenemos el reto de repensar el mismo concepto de red que en principio nos parece tan apropiado cuando nos referimos a estas agrupaciones, pues este remite a una representación espacial de nodos y relaciones un tanto estática y estable, que da un mayor énfasis a los nodos, como, de hecho, lo hemos mostrado aquí. Sin embargo, estas redes sobre todo se “mueven”, se “relacionan”, “interactúan” y autotransforman, así que quizás debamos acudir a otras metáforas y estudios para comprender su “movimiento” y dinámica temporal, así como su expresión en una acción política distribuida, horizontal y heterogénea.

Por último, y a pesar de los matices, ambigüedades y pervivencia de diferentes modelos culturales y políticos, de las diferentes aproximaciones conceptuales que estos estudios nos han brindado, esta vuelta a otras formas de ciudadanía, de creatividad social, son necesarias tanto para repensar las teorías a las que acudimos, como para comprender la actual transformación social, política y económica en un país como el nuestro. No obstante las contradicciones y contingencias y del contexto duro del actual capitalismo, este movimiento de lo social, sus formas de agrupamiento y acción colectiva, nos muestran un mundo de posibilidades que desborda nuestros intentos de encuadramiento académico. Cuando se les ve y escucha en acción a estas mujeres y hombres, con sus proyectos, sueños y utopías, cuando se observan sus obras y sus maneras de relacionarse con otros, las maneras como “caminan la palabra” y se mueven por afectos, sabemos que allí hay algo más que “una visión romántica de la sociedad”; estamos frente a esa esperanza de mundos posibles, de formas alternativas de vida que se actualizan, de “intelectuales de nuevo tipo” que forjan un camino que

se hace de solidaridad y afectos para un mundo más justo y más bello. Estas formas de lo social nos dejan ver cómo la “multitud” como categoría está apenas enunciada desde la teoría y más bien desbordada por subjetividades, historias, contextos culturales y formas de autoorganización que apenas estamos comenzando a comprender.

Referencias

- Berardi, F. (2007). *Generación post-alfa. Patologías e imaginarios en el semiocapitalismo*. Buenos Aires: Tinta Limón.
- Braidotti, R. (2004). *Feminismo, diferencia sexual y subjetividad nómada*. Barcelona: Gedisa.
- Castells, M. (1999). *La era de la información: economía, sociedad y cultura. Volumen II: el poder de la identidad*. México: Siglo XXI Editores.
- Cubides, H. (2010). Trazos e itinerarios de diálogos sobre política con jóvenes contemporáneos de Bogotá. *Nómadas*, 32, 59-80.
- Delgado, R., Arias, J.C. (2008). La acción colectiva de los jóvenes y la construcción de ciudadanía. *Revista argentina de sociología*, 6 (11). Recuperado de <http://www.scielo.org.ar>. [Consultado: 1 de junio de 2010].
- Flórez, J. (2004). *Una aproximación a la dimensión del disenso de los movimientos sociales: la implosión de la identidad étnica en la red “Proceso de Comunidades Negras” de Colombia*. Colección Monografías, N° 12. Caracas: Programa Globalización, Cultura y Transformaciones Sociales, CIPOST, FaCES, Universidad Central de Venezuela. Recuperado de <http://www.globalcult.org.ve/monografias.htm> [Consultado: 18 de marzo de 2010].
- Haraway, D. (1995). *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*. Madrid: Cátedra, Universitat de València, Instituto de la Mujer.
- Lazzarato, M. (2006). *Por una política menor. Acontecimiento y política en las sociedades de control*. Madrid: Edición Traficantes de sueños.
- Rueda, R. (2008). Cibercultura/es: capitalisme cognitiu i cultura. *Temps d' Educació*, 34, 251-264.
- Torres, A. (2006). Organizaciones populares, construcción de identidad y acción política. *Revista Latinoamericana Niñez y juventud*, 4(2). Recuperado de <http://redalyc.uaemex.mx> [Consultado: 1 de junio de 2010].
- Virno, P. (2003). *Gramática de la multitud. Para un análisis de las formas de vida contemporáneas*. Madrid: Ed. Traficantes de sueños.

Presentación

Ciberciudadanías, cultura política y creatividad social

Por: Rocío Rueda Ortiz¹

La investigación que aquí se presenta fue realizada entre la Universidad Pedagógica Nacional y la Universidad del Valle con el apoyo de Colciencias, durante el periodo 2007-2009². El estudio se propuso *comprender cómo las tecnologías de información y comunicación, en tanto ciberculturas, son un escenario complejo de interacción entre sujetos y tecnologías, en el que se están produciendo nuevas modalidades de constitución de sujetos que configuran nuevas formas de cultura política y de educación*. Nuestro supuesto de partida fue que las categorías de ciudadanía, cultura política y ciudad están siendo interpe-ladas y tensionadas por las emergencias de la sociedad contemporánea, en particular por la manera en la cual experiencias singulares y colectivas en interacción con los nuevos repertorios tecnológicos (NRT)³ están configurando nuevos modos de ser, estar y actuar juntos. Esto implicó para nosotros una problematización constante de nuestros presupuestos teóricos, de nuestra propia experiencia investigativa, lleván-donos a habitar en las fisuras que estremecen lo que la modernidad configuró –con lo que ello tiene de aventura pero también de desazón–. Sus relaciones, imbricaciones y, sobre todo, las maneras como perviven diferentes tiempos culturales y políticos en la contemporaneidad y las singularidades de diferentes sujetos sociales, fue en definitiva el terreno donde se movió la presente investigación.

Partimos de reconocer, como lo han señalado en gran parte la sociología y antropología de la cultura contemporánea, así como las filosofías expresionistas o de la multiplicidad, que nuestros marcos de referencia tradicionales y modernos están siendo interpelados ante la emergencia de nuevas formas de lo social y sus modos de generación de vínculos, de conformación de comunidades, de acción colectiva, de práctica social, donde por cierto las tecnologías de la información y la comunicación están desempeñando un papel catalizador. De esta manera, las tecnologías de la información y comunicación, o nuevos repertorios tecnológicos (NRT), los inscribimos en el campo de los estudios ciber culturales críticos (Rueda, 2008), donde se analizan los escenarios sociales creados por dichas tecnologías, resaltando tanto el carácter complejo e híbrido y de relación inextricable entre tecnología, cultura, naturaleza, como la emergencia de un nuevo mundo: una multiplicidad de prácticas, nuevas redes sociales de interacción y de acción, experiencias y representaciones sociales, relaciones de poder, que no se organizan necesariamente desde las identidades tradicionales como señalamos antes, creando otras formas culturales y políticas. Se reconoce que las tecnologías, tienen política, es decir, diseñan formas de ser, formas de vida (Winner, 1987) y están trastocando las maneras de entender la esfera pública y la esfera privada, entrelazándolas y redefiniéndolas alternativamente.

En consecuencia, consideramos el ciberespacio como un nuevo ámbito de socialización que ha extendido la esfera pública y la acción ciudadana, convirtiéndose en un soporte nada despreciable para la producción social de significado (desde lo privado a diversas esferas de lo público, de lo local a lo global, de medios de comunicación masiva unidireccional a múltiples y cada vez más convergentes y multimodales tecnologías). En este contexto es que nos atrevemos a pensar en la emergencia de “ciberciudadanías”. Ahora bien, es importante resaltar que en nuestro estudio aparecen híbridas “ciudadanías de la representación” (que se ejercen con relación a las organizaciones políticas clásicas: partidos, Estado y sus instituciones) y “ciudadanías de la expresión” (que en principio se ejercen en relación con la vida cotidiana, no institucional, con un carácter más social y cultural), más cercanas a una política menor o del acontecimiento (Lazzarato, 2006). En esa hibridez política y cultural ubicamos también las “ciberciudadanías”, con un alto carácter expresivo, aunque reconocemos que el término mantiene cierta ambigüedad, pues también ha sido utilizado tanto por la política tradicional para referirse, por ejemplo, al gobierno electrónico, como por los activistas sociales y movimientos ciudadanos críticos que se apoyan en diversos repertorios tecnológicos. En este último sentido es que lo comprendemos en este estudio.

De esta manera y retomando los debates que sobre ciudadanía, cultura y política ha realizado el grupo Educación y Cultura Política de la Universidad Pedagógica Nacional (Herrera y otros, 2005), se abordaron dos elementos que el grupo ha intentado abordar de manera crítica: los jóvenes como actores sociales vitales en la sociedad contemporánea, como subjetividades singulares, y la política no como un campo definido *a priori*, sino como producto de los conflictos, tensiones y resistencias frente la hegemonía entre los diversos sectores sociales. Lo político, entonces, no es algo que preexista a la vida cotidiana de los sujetos, un ente abstracto, sino una construcción social que adquiere su carácter político debido al lugar que se ocupa en las relaciones intersubjetivas en un momento histórico específico, y donde se revalora el papel de la vida cotidiana, entendiéndola como una fuente continua de producción de sentidos sobre la realidad. Sin embargo, y dada la “singularidad” y “multiplicidad” de las prácticas sociales de los sujetos colectivos con los que interactuamos, consideramos que el concepto de multitud que sigue el camino de Spinoza, como lo han caracterizado Negri y Hardt (2004) y Lazzarato (2006), nos puede ser de mayor utilidad aquí para comprender que si bien este *socius* es una energía social inestable y volátil, se constituye en una voz colectiva que hace resistencia al orden político y cultural con una potencialidad política insospechada. Dado que se trata de una política que no es la convencional, representada en partidos, estos autores acuden al término de “política menor” para con ello destacar que no se trata de aquella de los proyectos de largo plazo, de clase, y tampoco responde ni a la masa ni al pueblo. La multitud no es ni el individuo, ni el colectivo, o grupo, es una tensión entre ambos y una multiplicidad de singularidades. La multitud articula afectos y experiencias que son la base para la acción política. Es algo situado “en medio”, es múltiple y al mismo tiempo conforma un cuerpo singular constituido de diversos intereses, experiencias, afectos y relaciones, sin una unidad homogénea. La relacionalidad y la cooperación establecen lo “común”, que a su vez enfrenta el reto político de la diferencia. Sin embargo, esta multitud es también impredecible e inestable y creemos tiene el reto de enfrentar críticamente las desigualdades y ejercicios de poder que internamente le habitan.

En particular, como señala Juliana Flórez (2004), la noción de poder en el campo cultural ha tendido exclusivamente a comprender el conflicto entre actores que parten de distintos referentes culturales para construir su identidad, pero no considera el conflicto entre actores que comparten una misma identidad cultural. Esta crítica es fundamental para analizar las prácticas sociales de los diversos sujetos sociales, en particular aquellos vinculados en prácticas tecnológicamente mediadas, pues cuando

se habla de ciberciudadanías se tiende –por aquel imaginario del desarrollo que parece mantenerse en el inconsciente– a creer que se trata de una etapa lineal, superior evolutivamente a la ciudadanía moderna. En nuestro caso, insistimos en resaltar el carácter híbrido y de destiempos culturales presente en las prácticas sociales de estos colectivos, para ver en ellos las heterogeneidades, conflictos y ambigüedades presentes en sus dinámicas internas.

Viejas prácticas e identidades sobreviven y se traslapan en medio de la emergencia de nuevas prácticas sociales que están tomando un lugar en nuestras sociedades. Esto nos exige entender la ciudadanía como mucho más amplia que la restringida a la acción política de partidos, al voto, a la esfera pública del periódico y de las noticias y sobre todo a la unidad del significado del sujeto. La actual transformación de las sociedades junto con las nuevas formas de comunicación del ciberespacio, están propiciando de manera compleja la construcción de ciudadanías *otras* que no pueden ser entendidas como algo fijo, sino en su carácter móvil y nómada.

Finalmente, diremos que derivados de esas emergencias subjetivas, de la multiplicidad y de las nuevas formas de habitar el mundo, es que nos interesó comprender el fenómeno educativo como una práctica social expandida, que se está produciendo en el encuentro entre nuevas sensibilidades que enfrentan una heterogeneidad simbólica y un estallido de lo social, y de unas tecnologías que son no solo los medios privilegiados de producción actual⁴, sino que son, a su vez, novedosos dispositivos de densidad simbólica, acción a distancia, lenguajes de la hipermedialidad, interactividad y conectividad. Estas tecnologías entendidas como lenguajes (Rueda, 2007), e incorporadas a valores y prácticas sociales de sujetos individuales y colectivos que les otorgan sentido, las convierten en catalizadores de procesos de socialización y educación expandida, donde se confrontan los modelos escolares institucionales, las figuras de autoridad y de conocimiento, los modos de compartir y crear saberes, y los roles de aprender y enseñar se difuminan. Prácticas espontáneas y afectivas del compartir, donar, cooperar, del trabajo liberado, hacen parte de una educación emancipatoria en tanto son formas de vida.

Metodología y resultados

Luego de una revisión de colectivos que están vinculados a la red en Colombia y América Latina⁵, y de la respectiva negociación de intereses, se seleccionaron seis experiencias en Colombia: una en el departamento del Cauca, en Santander de Quilichao: